

UN MES.

Madrid... 6

Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60

Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

ESTADO DE LAS LETRAS EN LA EDAD MEDIA.

JUAN DE MEUNG.

Juan de Meung, poeta francés, apellidado *Clopinel* por ser cojo, fué el continuador del romance de *La Rosa*, tan celebrado de los antepasados. Nació Clopinel cerca de Orleans, en la pequeña ciudad de Meung, á mediados del siglo XIII. Habiendo tenido noticia y conocimiento del romance de *La Rosa*, compuesto por Guillermo Lorris, resolvióse, á petición de Felipe el Hermoso, á dar una continuación de este poema, para lo que suprimió los ochenta y dos últimos versos que formaban su desenlace, y extendió un plan mucho mas vasto, aumentándola con unos diez y ocho mil versos. La historia sagrada, la profana, la fábula, la teología, la política, la moral y la física, todo entra en esa composición; hallanse los nombres de la mayor parte de escritores de la antigüedad, y de cuando en cuando se hace mas festiva la materia por medio de cuentos y rasgos satíricos. Con todo, no tiene el interés de los largos romances de caballería, lo que sin duda es debido á la multitud de episodios y digresiones que entorpecen el curso y desarrollo de la acción, y á la alegoría continuada hasta la saciedad.

El mérito principal de tan ensalzada producción consiste, á mas de las agudezas y descripciones científicas, en cierto candor inimitable.

A propósito de este poema, vamos á echar una rápida ojeada al carácter y progresos del orden intelectual en Francia en los siglos XII y XIII. En la época actual, inquisidora por esencia, debe llamar mucho la atención la historia literaria. El estado de completa ignorancia de los tiempos feudales, duró hasta el siglo XII, en que empezó á tomar incremento la aplicación al estudio. En este siglo y el siguiente no hallamos nada perfecto, pero vemos que todo empieza su marcha hacia la perfección, y el espíritu humano, abandonando las antiguas rutinas, empieza á abrirse una nueva senda libre y desembarazada.

En primer lugar señalaremos la multiplicación de manuscritos y la formación de diferentes bibliotecas á mediados del siglo XII, en que no solo se hallaban los libros contemporáneos, sino tambien todas las producciones antiguas griegas y romanas. Ciertamente no somos de parecer que la imitación y dependencia de una literatura extranjera haya adelantado la moderna civilización intelectual; al contrario, opinamos que acaso hubiera sido mejor dejar que el genio nacional se desarrollase con toda su fuerza aisladamente; sin embargo, no dejó de producir algunas obras felices el familiarizarse con los autores de la antigüedad. Los libros eran muy ca-

ros. El obispo de Vence dejó su biblioteca á los canónigos de San Victor de Marsella, excepto un breviario, cuyo valor debía emplearse en la adquisición de tierras: otros mil ejemplos pudieran citarse en comprobación del alto precio de los manuscritos en aquellos tiempos.

En esos siglos de actividad de espíritu empieza la lucha del latín con el idioma vulgar, que despues llegó á ser esa noble lengua francesa que tantas obras admirables ha producido. La lengua vulgar se hablaba entonces entre laicos y hasta entre clérigos, y á pesar de los esfuerzos de las universidades para detener sus progresos, empezó á invadir los estudios. Particularmente en el siglo XIV vertieronse al francés algunos libros para uso del pueblo, como los Evangelios y la Biblia, lo que causó viva impresion

en la Iglesia; en términos progresó la lengua francesa, que llegó á predominar, quedando el latín circunscrito en las fórmulas de los actos y la argumentación.

Las crónicas fueron las primeras producciones escritas en lengua francesa. Su mérito literario es casi nulo: sus autores casi todos son contemporáneos de los hechos que refieren, y hablan de vistas ó de oídas; pero como á la sazón reinaba la mas ciega é irreflexiva credulidad, domina en estos escritos, que constan de milagros y maravillas, á vueltas de algun hecho de interés, y en medio de los anales del monasterio á que cada cronista perteneció. Sin embargo, no dejan á veces de leerse ciertos rasgos que dan á conocer las costumbres de la época. Léanse en prueba las obras de Villehardouin y



Juan de Meung presentando un libro á Felipe el Hermoso: copiado de un manuscrito antiguo.

de Joinville, y también las crónicas de San Dionisio.

La media edad abundó en opúsculos, sermones, epístolas, en una palabra, en toda aquella clase de escritos que favorece el espíritu de religión. Los sermones casi todos fueron escritos en latín, pero luego que se destinaron á conmover y poner en acción á la muchedumbre, como con motivo de las cruzadas, debieron predicarse en lengua vulgar. Pocos nos quedan de estos últimos, y los que se atribuyen á los hombres mas distinguidos de su tiempo, tales como San Bernardo, Pedro el Ermitaño, Juan de Salisbury, etc., están muy lejos de corresponder á la gran fama de que gozan sus autores.

Faltaba entonces al talento la libertad, que es su principal móvil, y así la literatura de entonces gira en un círculo determinado y estrecho, que no se atreve á traspasar el genio esencialmente libre, de donde procede esa monotonía que sofoca á la literatura de la edad media.

Hubo, con todo, cierta especie de producciones en que campeaba algo libre el pensamiento, y bien que bajo groseras formas, se hallan á menudo gérmenes de independencia. Ya es algo en medio de las obras estériles de los siglos XII y XIII hallar algún aliciente en los cantos poéticos de los menestrales ó trovadores, que mas bien que como producciones literarias, hácese notables esas poesías como monumentos literarios: en ellas debemos buscar la sociedad, agitando y obrando según su carácter. Si los cronistas nos enseñan la verdad á medias, la hallaremos entera estudiando á los trovadores.

Dividiase la gaya ciencia en varios géneros, y entre ellos los *serventes* y *tenzones*. Fueron los primeros unas sátiras generales ó individuales, en que no se perdona á rey ni roque, ni castellano, ni ministro, ni papa; y en esta viva crítica de la sociedad hallamos algunas nociones sobre las costumbres privadas, y sirven también de comprobación á las crónicas monásticas. Grande interés ofrecen las sátiras del monje de Montaudon y de Pedro Cardenal, el uno nos pintó la disolución de los castellanos, y el otro la de los clérigos. El *tenzon* consiste en un diálogo entre dos interlocutores que defienden diversa opinión sobre algún punto de la moral, de amor, de poesía ó caballería. Es un género muy poco interesante, excepto cuando se satiriza al noble ó clérigo, etc. A mas habia otros cantos, como *albas*, *serenatas*, *baladas*, etc.

Concluiremos repitiendo que la literatura de aquella época solo nos puede interesar como un conjunto de monumentos históricos: difícil fuera hallar ya modelos en la infancia del arte; lo que puede hallarse, en efecto, es un traslado de las opiniones y costumbres de la época, lo que no deja de sernos de grande utilidad.

EL CASTILLO DE GAUZON.

TRADICION HISTORICA.

I.

Sobre una pintoresca pradera no muy distante de Gijón, y enclavado en el antiguo territorio jurisdiccional de Perau, se eleva un grupo de fragosas peñas que forma una especie de colina coronada de ruinas esparcidas y postradas. Aquí se alzaba también antiguamente el célebre castillo de Gauzon, tan nombrado en las crónicas. Sobre la memoria de esa fortaleza gótica, la tradición ha arrojado un velo fatídico, revistiéndole de esos abominables crímenes que son el escándalo de la historia.

He aquí una de esas consejas.

Hacia los años 1139, imperando Alfonso VII, alzabase el soberbio castillo de Gauzon, como queda dicho, cuyo dueño, Gonzalo Pelaez, se fastidiaba en el ocio y se entretenía en enroscar, ahogar, azotar y descuartizar á sus villanos por simple pasatiempo, durante los intervalos que le dejaban libres sus devociones y penitencias, á que era muy dado, concurriendo todos los días á cantar las preces á la inmediata ermita de San Pablo, en union del sacristan de la capilla, á quien mortificaba á capirotaos cada vez que los

puntos disonantes de su voz gangosa desconcertaban el duo, según el juicio del devoto richome.

Pero en medio de esos inocentes pasatiempos, una ocurrencia misteriosa despertó la curiosidad de los naturales, y difundió la animación por la comarca.

Era la noche del 12 de octubre del indicado año 1139. Hacia las nueve de la misma, los aldeanos vieron surgir una inmensa alborada que se fué propagando sensiblemente, y que bien presto envolvió el castillo en un círculo de llamas que invadían el espacio con sus fosfóricas pirámides, envueltas y condensadas por columnas de aplomado humo. La masa tenue y confusa de la fortaleza, parecía flotar en aquel dardo de fuego que invadía los aires, el cielo y la tierra, y cuyo chisporroteo formaba singular contraste con aquel cuadro de soledad y esterminio. Al propio tiempo un concierto estrepitoso de trompas y bocinas resonaba en el castillo en señal de regocijo, y una algazara descomunal se percibía también, dominando el general silencio.

Aquel resplandor procedía de las hogueras que ardían en los patios y esplanadas, en celebridad de los desposorios de la bella Elvira, heredera de Gauzon, con el valiente y rico don Alfonso Alvarez de Asturias, cuya ceremonia debía tener lugar el siguiente día.

En tanto tenían lugar las danzas y otras diversiones entre la servidumbre, que al resplandor de las hogueras se entregaba á todos los raptos del entusiasmo, las bodegas del castillo estaban abiertas á su disposición, y no era extraño observar los efectos de este obsequio del señor feudal, quien disfrazado de paladin se entretenía en zurrar sendos latigazos á los beodos, que luego mandaba desnudar y arrojar al estanque para abandonarles después á la inclemencia sobre los zarzales.

II.

Al rayar el sol del siguiente día, tremolaban al aire sobre las desmoronadas almenas de la fortaleza, multitud de flámulas, gallardetes y banderolas con cifras de plata, consistentes en una P laureada, que era la gloriosa insignia de los castellanos del estado; sobre aquel bosque de pendoncillos alzabase una pirámide de madera que sostenía el escudo acuartelado de Gauzon, rodeado de geroglíficos y atributos heráldicos; los ajimeces góticos y bizantinos mirábanse también adornados de cortinas de tafetan carmesí, y alguna de las ventanas guarnecidas de balconajes dorados mirábanse coronadas de dozelillos y templete de raso, sembrado de flores y alegorias bélicas.

Al mismo tiempo abríanse las doradas puertas del gran salón de honor del alcázar, ocupado por multitud de nobles convidados, cuyos vestidos, armaduras y uniformes, iban á porfía en lujo, y producían deslumbrador efecto con su servidumbre, luciendo ricos y ostentosas libreas. Entre los señores distinguíase el conde propietario del castillo, en traje de rigorosa etiqueta, y el futuro esposo, de punta en blanco y apoyado en su luciente pavés, y cuya marcial postura imponía. Solo se esperaba á la linda novia, que detenida largo tiempo en su tocador, apareció al fin radiante de hermosura, conducida por su quintañona dueña, y rodeada de un gran número de camareras que precedían á un séquito de doncellas nobles convidadas á la ceremonia, y que se adelantaban coronadas de guirnaldas de flores, arrastrando las colas de sus vestidos de púrpura y brocado con blancos velos y prendidos de aljófar y aderezos de pedrería.

La joven reina de aquella corte se adelantó, erguida la frente, y conduciéndose con graciosa magestad. A su tránsito recibía espresivos homenajes de aquellos apuestos paladines, contestando con discretas frases y sonriendo á aquellas galanterías prodigadas en su obsequio.

Un momento después tenían lugar los desposorios de ambos amantes, cuyos corazones latían de ventura, ante aquel solemne preliminar del matrimonio. Estipulóse el contrato, y Elvira firmó con alterado pulso el acta que le presentó el notario. Solo faltaba ahora para calmar sus

ánimas que la ceremonia se elevase á sacramento.

Para que este se consumase, faltaba el cumplimiento de una condicion que se habia impuesto á sí mismo el desposado, y consistía en entregar como prenda de honor á su prometida seis banderas cogidas en buena lid, y doscientos esclavos musulmanes. Dura era la prueba, pero era también invencible su brazo, y su fama de valiente corría en proverbio en los campamentos, donde era citado como modelo de gentileza y bravura. Un año se impuso de plazo para cumplir su oferta, y por consiguiente quedó diferida su dicha por igual tiempo.

III.

Entre la familia del castillo figuraba en primer orden el capellan del mismo, austero monje, cuya opinion de santidad le grangeaba la veneración de la comarca entera. Era su trato dulce, aunque incommunicativo y melancólico, contribuyendo aun á darle mayor autoridad el aspecto rígido y venerable de su fisonomía, su cabeza poblada de canas y su luenga barba, que se prolongaba hasta el pecho.

Tal era el padre Mauro.

Su edad frisaba en los sesenta años, y á pesar del guarismo, era su estatura esbelta, aunque flemático su paso, lo que no dejaba de darle mayor aspecto de gravedad. Por lo demás, durante los veinte años que moraba en el castillo, su conducta habia sido un modelo de honradez y moralidad, y su profunda sabiduría le granjeara el cargo de mentor de la hermosa Elvira, conduciéndose con la delicadeza y tino que era de desear.

Una tarde de primavera, maestro y discípula, según costumbre ordinaria, paseaban por uno de los parques, y se emboscaban en un soto de espesos cañaverales silvestres, inmediato al estanque pluvial del castillo.

El sol se hundía en el ocaso, y las sombras del crepúsculo invadían las fragosidades, los valles y la llanura, confundiendo todo en una masa tenue de vapor fantástico. El mar bramaba al pie de la altura, y sus tornasoladas ondas iban á estrellarse con su monótono chasquido en los guijarros de la playa, bordándolos de una franja de espuma, y los objetos flotaban en el nebuloso vapor de la neblina, como á través de una trasparente gasa. El anciano, afectando una debilidad nerviosa, se sentó al pie de un corpulento arrayan, y en su fisonomía pálida lució una febril penetración. Elvira se colocó á su lado, prodigándole solícitos cuidados con una ternura filial.

—¿Qué teneis, padre? le preguntaba toda conmovida, y al propio tiempo una lágrima de sensibilidad brotaba de sus ojos y salpicaba su blanco seno, mientras cubría de castos besos la mano de su mentor.

Mauro pareció reanimarse al contacto eléctrico de aquella mano virginal, y en su fisonomía se operó una rápida y violenta transición lasciva, que hizo bajar la vista á su discípula.

—¡Qué!... balbuceó todo trémulo y convulso, ¿ignorais que hace tiempo un deseo impuro y criminal me corroe el alma y me hace enloquecer de desesperación, poniendo á prueba mi virtud? ¿Ignorais que todos los días sucumbo al vértigo de esa fatal influencia que compromete mi vida é impele á mi alma al abismo de la reprobación?... ¡Oh! y en vano el raciocinio, los recursos morales y los resortes gastados del entendimiento, vienen en auxilio de la virtud, porque establecida la lucha en crudo choque, enloquecen mis potencias, y la hechicera ilusión de vuestras gracias obtienen el laurel de la victoria y me torturan noche y día con sus lisonjeros estímulos. No hay medio ya de conciliar los deberes, y luchando en fiera y desigual lid, sucumben mis gastados resortes, calcinados por la acción cáustica del veneno que inflama mis venas y me postra como un imbecil. Una de dos: ó sois mía, ó me precipito al abismo de esa mar rugiente que arrulla la cuna funeraria de mi predestinación, el suicidio.

Y al espresarse así aquel desgraciado, una convulsión espantosa alteraba su continente, y golpeaba su cabeza en el colmo de la desesperación mas intensa. Postróse de rodillas á los

pies de Elvira, y luego, cediendo al esfuerzo de su pasión, cayó en acción suplicante, pálido, anonadado bajo el peso de su vergüenza, como una masa inerte y liviana.

La altiva castellana que había escuchado con indignación las palabras de Mauro, le contempló un momento con desdeñosa sonrisa, y luego, cuando le vio agitarse á sus plantas, presa del vértigo de su pasión inmundada, un pensamiento de compasión atravesó su mente, al paso que en el transporte de sus ideas llegó á temer que aquel hombre, alucinado por su pasión vehemente, recurriese á la violencia.

Fué, pues necesario, que la orgullosa joven se revistiese de toda la expresión de su aristocrático orgullo, ya que éste no le permitía la humillación de la fuga, para atreverse, siquiera por un alarde de aparente valor, á arrostrar las consecuencias de aquella lucha del vicio y la virtud con pretensiones de heroísmo; de suerte que, revistiéndose de provocativa energía, apostrofó al anciano en tales términos:

—¿Es posible que hayais tenido atrevimiento de poner los ojos en mí de una manera culpable, que tanto repugna al alto ministerio que ejercéis? ¡Pobre insensato! ¿Así abusais de los sagrados deberes de la hospitalidad?... Y cuando otra cosa no valga, cuando ni el sacerdocio ni los deberes sociales no hayan bastado á sofocar esos impuros deseos ¿qué es á vuestros ojos ese grito que surge del fondo de la conciencia y subleva el alma á las esferas de su predestinación? ¿Qué analogía hay entre vuestra conducta y esas palabras llenas de evangélica unción que pronunciáis en la santa cátedra, entre vuestros hechos y esas amenazas que fulmináis sobre los pecadores en el tribunal de la penitencia? ¡Siniestro contrasentido que os precipita al caos, donde os compadezco!

—Pero dejando esto aparte, puesto que no se trata de reflexiones morales, ¿es posible que no tengais para mí que he sido vuestro preceptor, una palabra de consuelo, una esperanza al menos, que aliente mis aspiraciones?

Y el sacerdote, abrazado á las rodillas de Elvira, lloraba lágrimas de desesperación.

—Apartad, miserable, y respetad la virtud de una mujer, de cuya debilidad pretendéis abusar, pero que tiene el valor suficiente para despreciaros. Cuidad, pues, no os salga cara vuestra osadía si persistís en vuestros conatos de violencia.

Mauro, por toda contestación, presa de un arranque violento, se avalanzó al talle de la joven, empuñándose una lucha corporal y repugnante. Elvira logró al fin desprenderse de aquellos brazos que la sujetaban, y levantó sobre el sacerdote su brazo armado de un hermoso puñal bruñido, en cuya hoja plateada reflejó un destello fosfórico el esplendor de la naciente luna.

Pero al mismo tiempo, reflexionando la gravedad del crimen que iba á cometer, escandalizada de sí misma y reportándose al punto, llevó á sus labios un silbato de plata que arrojó una modulación sonora y vibrante.

Mauro retrocedió á vista del arma, y cuando oyó la señal del silbato que demandaba auxilio, una idea luminosa cruzó por su mente y despejó sus facultades; y al paso que conjuró el escándalo que debiese producir su insistencia, aplazó el designio y le sugirió el ardid de sincerar su atentado de una manera cumplida, rehabilitando su opinión y colocándose en la plenitud de sus prerogativas.

Elvira vio que aquel pobre hombre, acometido al parecer de un ataque epiléptico, cayó aplomado como una masa inerte, agitándose en espantosas convulsiones, dando violentos rugidos é hiriendo contra las rocas del parque. No era este el primer ataque que había padecido.

La joven redobló gritos sobre gritos en demanda de socorro, y acudiendo varios criados, condujeron al padre Mauro en unas angarillas. Mauro dicen que pasó una noche cruel, habiéndole acometido una fiebre cerebral que puso en riesgo su vida y le obligó á guardar cama por espacio de muchos días, durante los cuales notáronse síntomas de ciertos vértigos de demencia.

Esto, que todo era una estratagema, surtió el apetecido efecto, pues Elvira, que no creyó prudente divulgar la ocurrencia de aquella noche, pudo convencerse fácilmente de que él había padecido uno de esos ataques de locura que, según

se ha dicho, se habían manifestado ya en otras ocasiones, y que el paciente cuidó de justificar por su parte en lo sucesivo, afectando completa ignorancia de su atentado, respetando mas cada día el decoro de la castellana, y recurriendo á cualquier ardid que diese testimonio cumplido de su pretendida dolencia, sin renunciar, empero, á un plan tremendo que se revolvía en su mente, y que debía dejar manchados los anales de su ejecución, para escándalo de las generaciones.

IV.

Apenas trascurriera el año en que se había aplazado la ceremonia, que debía consumar el matrimonio deseado, el gran salón feudal del castillo, adornado con toda la suntuosidad de las grandes funciones, estaba cierta noche espléndidamente iluminado, cubiertas sus paredes de colgaduras de raso arabesco y brocado, destacándose bajo ricos pabellones de terciopelo los severos retratos de los predecesores del conde, en traje de batalla, orlados de marcos de filigrana, y sobrepuestos de broqueles y armaduras con grupos y accesorios de emblemas marciales.

Todos los señores comarcanos, los abades mitrados y los ricos-hombres del país, habían concurrido á la función, ocupando el gran salón de honor de que hablamos, y en donde les presentamos ya un año antes.

Silbaba la algazara en las afueras, pues los vasallos y campesinos se agitaban en danzas y gritería bajo las alamedas seculares del parque, y bajo de los toldos improvisados el día anterior, que daban el aspecto de un campamento animado y pintoresco.

Los rayos del naciente día iluminaban ya las téntricas y desmoronadas almenas, las barbacanas y los torreones de pizarra de aquella sombría mole que brotaba de la espesa selva, y en torno de la cual tendía su manto de rosa la rubicunda alborada matutina.

Cuando los rayos del nuevo sol doraban las cumbres, y los pájaros trinaban en las enramadas, abriáanse las puertas de la capilla del Salvador, que apareció iluminada y cubierta de rica tapicería con templete y pendoncillos de brocado y púrpura, prendidos de ramilletes de olorosas flores. El pavimento de mármol estaba asimismo alfombrado de murtas y flores, y el brillo de los cirios que ardían en candeleros de plata, resbalaba multiplicándose, pasando á través de los pintados vidrios que cerraban el medio punto de los arcos y cornisamento coronados de cupulinas góticas.

Ambos desposados oraban prosternados sobre un cojín de brocado, y en torno del augusto recinto desplegábase en vasto semicírculo la doble fila de asistentes arrodillados ante los reclinatorios de ébano, esperando que se consumase la ceremonia.

El padre Mauro, vestido de sus ornamentos sacerdotales, terminada la misa, hacia descender sobre Elvira y Alfonso la bendición nupcial, y ambos jóvenes, poseídos de la mas violenta emoción, inclinaban su cabeza ante las palabras del celebrante.

La fisonomía de éste, pálida, demacrada y livida, tenía un aire diabólico de que apenas se apercibieron los circunstantes; pero que se reveló intensamente al dar la comunión á los desposados; su mano trémula apenas acertaba á colocar la santa forma en la lengua de ambos, y fué tal su desfallecimiento ó alteración nerviosa, que no le fué posible cerrar la puerta del Sagrario, cayendo con un rugido sobre la grada del presbiterio, y agitándose en una repugnante agonía.

V.

Fué aquel un incidente que esparció la mas terrible alarma en la familia, que vio en ello desde luego un funebre presagio. Cuentan que mientras el padre Mauro espiraba, un trovador singular se improvisó junto á los fosos del castillo, y bajo los balcones de la nupcial cámara entonó un epitafio funebre, en el cual, lejos de lisonjeros aplausos, vertió los mas tristes y fatídicos presagios, semejantes á la maldición de un nigromante; también es fama que aquel cantor misterioso desapareció con un estallido,

dejando solo un residuo de humo azufrado; y las viejas asturianas afirman haber oído decir á sus mayores, que una tromba de demonios, vestidos de llamas, con gorritos y zaragüelles, invadió los aires, haciendo sonar zambombas y pande-retas, y arrebatando el cuerpo del monje, en cuya celda celebraban luego sus conciliábulos las brujas de los encantados castillos, hasta que cierta noche un fuerte terremoto dió fin á este asilo espantoso de la maldición.

Hasta aquí la tradición con toda su téntrica poesía. Lo cierto y positivo es, que al día siguiente las campanas de la fortaleza y las de las parroquias y ermitas circunvecinas, doblaban triple funeral del padre Mauro, Elvira y Alfonso Alvarez, todos tres muertos envenenados. El amor, así como puede producir los mas gratos beneficios, es causa también de los mas grandes y escandalosos crímenes.

ECONOMIA DOMÉSTICA.

ESTUFAS O CHIMENEAS.

El calentar las habitaciones por estufas es menos sano que el calentarlas por medio de chimeneas. El aire no se renueva sino lentamente en las piezas calentadas por las estufas: adquiere un olor desagradable al contacto del hierro ó del palastro, cuya temperatura llega algunas veces hasta ponerse roja; en fin, se seca á punto de ejercer una influencia fatal para los órganos, y causar males de cabeza. En realidad el aire no se seca; contiene siempre la misma cantidad de vapor de agua; pero como su temperatura se eleva mucho, es capaz de cargarse de humedad á expensas de los pulmones y de la transpiración cutánea, que es mas activa. Se evita este inconveniente colocando sobre la estufa un vaso lleno de agua, que suministra constantemente al aire la cantidad de humedad suficiente para saturarle.

Los defectos que presentan las estufas se encuentran compensados por una gran cualidad, que es la considerable economía que puede realizarse por medio de estos aparatos cuando están bien contruidos. Las estufas de bronce son las mas sólidas y las que mejor utilizan el combustible. Se fabrican muy baratas á causa del molde, y no presentan mas inconveniente que la alteración del aire de que hemos hablado. Un gran número de estas estufas están dispuestas de modo que el aire exterior venga á calentarse al atravesar los tubos ó compartimentos de formas variables colocados en el interior; este aire caliente se vierte en seguida por bocas á propósito en la pieza que se quiere calentar. Se vale uno de ellas con suceso para calentar las piezas ó habitaciones por las estufas, rodeando las estufas de bronce cilíndricas con una segunda cubierta de la misma forma, y llenando de agua el intervalo comprendido entre los dos cilindros. Las estufas de este sistema deben construirse con mucho cuidado, á fin de evitar la fuga del agua.

En general, debe preferirse á los sistemas que presenten la mas grande superficie de calorífico, conservando mucha simplicidad en las formas y en el conjunto de las diferentes piezas; los conductos destinados al humo deben ser poco numerosos, y dirigidos verticalmente, sin cuya precaución hay grandes riesgos. Las estufas de ladrillo, construidas como se ve en un gran número de comedores, utilizan el combustible menos que las estufas de bronce, pero tienen sobre estas la ventaja de enfriarse mucho menos pronto, y de no dar olor. La mayor parte tienen bocas de calor, en general muy pequeñas; y las bocas de calor deben presentar una superficie total á lo menos de ocho decímetros cuadrados, así como las aberturas por las que entra el aire frío que se calienta en el interior de las estufas antes de salir por las bocas de calor.

En los países del Norte de Europa, en Alemania y en Suecia, se hace uso de estufas construidas con ladrillo, y muchas veces revestidas de placas de loza. El hogar se abre al exterior, de modo que la ventilación se suprime enteramente. Sin embargo, como estas estufas dan una temperatura bastante dulce y constante, los habitantes de los países del Norte no están incomodados. Las estufas de loza ó de porcelana son

generalmente mas costosas que las estufas de bronce; se calientan mas lentamente. Pero presentan la ventaja de permanecer calientes mas largo tiempo, de modo que no dan olor. No se puede calentarlas sino con leña; cuando se quiere quemar carbon de tierra ó cok, es preciso cuidar de revestir el interior con ladrillos refractarios, de otra manera saltaria hecha pedazos la loza ó porcelana, por la accion de un calor demasiado fuerte. La fabricacion de las estufas de loza, así como de las placas que sirven para revestir las chimeneas, ha recibido importantes mejoras en los últimos años, gracias á las investigaciones de Mr. Barralt.

Los caloríferos de aire caliente son estufas de grandes dimensiones, y para calentar todo un edificio. El aire caliente, siendo mas ligero que el frio, tiende siempre á elevarse: así se debe hacer seguir siempre, en cuanto sea posible, una marcha ascendente á los tubos de distribución. Resulta de aquí que los caloríferos de aire caliente deben estar siempre colocados debajo de las piezas que se proponen calentar: se los establece ordinariamente en las cuevas ó sótanos.

La disposicion de los caloríferos varia mucho segun los constructores. Consisten lo mas ordinariamente en un fogon calentado con carbon de tierra ó coke, y coronado de una especie de campana de cobre. Al salir de esta campana los productos de la combustion pasan á una serie de tubos de bronce dispuestos horizontalmente entre ladrillos; y el aire frio tomado en el exterior se calienta circulando alrededor de aquellos tubos, y pasa de allí á los tubos de distribución. Muchas iglesias, grandes edificios como el Congreso de los diputados y el Senado en España, se calientan por este procedimiento. Este género de caloríferos conviene mucho á los edificios donde el aire es frio y húmedo.

CARNAVAL CONSIDERADO RELIGIOSAMENTE.

Trataremos aquí del nombre y de ningún modo de la cosa. Si esta última no es una institución directamente satánica, seguramente es el mundo su inventor. En cuyo caso es completamente idéntico. Para nosotros el carnaval no puede ser objeto de investigaciones litúrgicas. Si se quiere buscar el origen histórico de la cosa, no hay mas que ir á las Saturnales, á las bacanales, á la orgía báquica. Nosotros para nada tenemos que tratar de esto. En cuanto al nombre, es una cuestión muy distinta, la encontramos en una práctica cristiana. A primera vista parecerá extraordinario. Antes de juzgar póngase atención por breves momentos. Es sabido que en una remota antigüedad, el domingo de la Quincuagésima, es decir, el que precede al día de ceniza, se llamaba en idioma latino *Dominica de carne levario carnelevanda*; en este día se prescribía el uso de la carne hasta Pascuas, de modo que desde ese domingo no era ya permitido el uso de alimentos crasos. Seguramente hoy es absolutamente lo contrario. Y no es que queramos mostrarnos menos severos que la iglesia misma que ha querido ser tolerante en este punto. Recordamos el hecho antiguo. El pueblo que entendía el latín, estaba mas acostumbrado á estas expresiones: *Dominica de carne levario*. Cuando los dialectos españoles, limosin, gallego y castellano, se formaron de la corrupción del latín, es decir, de la lengua románica, se dió á este día el nombre de *Carnen-levan*, permitido nos es creer en el muy próximo parentesco que entre el Car-

nen-levan de nuestros abuelos y el *Carnaval* contemporáneo existe. Todo otro origen etimológico nos parecería muy forzado, principalmente lo que creo que proviene de descender la *carne*, ó como se decía en el lenguaje románico, en *aval*, componiéndose de ese modo *Carnaval*. Así, pues, los términos que están mas en armonía con la mundana sensualidad, demuestran un origen litúrgico, al mismo tiempo que nuestra moderna relajación. Podríamos presentar otros muchos ejemplos de esto mismo, y no menos curiosos que este.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

Vamos á hablar á nuestros numerosos lectores del origen del entierro de la sardina. A muchos les parecerá impropio y absurdo el nombre que se da á esta función popular de *entierro de la sardina*, y creerán que era mas regular que se llamase entierro de la carne ó de las viandas. Remontémonos al origen de esta función popular, y veremos cómo el nombre de entierro de la sardina, es el mas adecuado y el que mejor le cuadra.

Era costumbre á mediados del siglo pasado, si mal no me engaño, que los dueños de los establecimientos y tiendas abiertas, diesen para almorzar durante el año á sus dependientes ú horteras, como vulgarmente se dice, un pedazo de pan y una sardina. Llegado el día de la ceniza, día solemne en que la Iglesia recuerda al hombre que es polvo, y que en polvo se ha de convertir, que las pompas y las riquezas es todo ilusión, les abre al mismo tiempo con esta ceremonia las puertas de la Cuaresma, ó sea las de la penitencia y el ayuno. Pues bien, esta santa ceremonia es la que ha dado motivo al popular entierro de la sardina. Al aproximarse este día de ceniza, la avaricia de varios mercaderes les hizo pensar que en la época de la Cuaresma debían suprimir á los mancebos de sus tiendas este raquítico desayuno, y vive Dios, que lo hicieron tan bien y cumplidamente, que los pobres mancebos observaron gran abstinencia, porque la

muerto repentinamente á las doce del martes. Enterrábase la sardina, porque no debía volver á constituir su almuerzo hasta el momento en que resonase en los templos, cubiertos desde el miércoles de ceniza de luto, el alegre alaluya, y desde lo alto de las torres los sagrados broncees anunciaban á los pueblos que había resucitado el Salvador del mundo, que habían concluido los tiempos de la espiación, y que volvían los pobres mancebos á tomar su sardina.

Varias veces el gobierno ha querido evitar este desahogo nacional, y hacer perecer el Carnaval á las doce en punto de la noche del martes, como espira el Carnaval en Roma. En 1850, el vicario eclesiástico de Madrid, hizo cuantos esfuerzos pudo y estuvieron de su parte para que el gobierno prohibiese el entierro de la sardina. Empero el gobierno conoció lo difícil que es desarraigar una costumbre popular, y las fatales consecuencias que podría traer esta prohibición. Ningun año estuvo el Canal mas concurrido de máscaras, y bastó solamente que corriese la voz de que el vicario eclesiástico había querido prohibirlas, para que fuese el año de mas concurrencia y de mas animación.

La lámina que damos á nuestros lectores, representa una de esas escenas grotescas que se reproducen en este día.

El entierro de la sardina durará hasta que la civilización y el cansancio de esta fiesta lo consuman. Creo que he cumplido con mi tarea, y que he bosquejado á grandes rasgos la historia, origen y vicisitudes del célebre entierro de la sardina.

UN HORTERA.

MISCELANEA.

AMOR MATERNAL.—Unos ladrones condenados á ser ahorcados, salían de una prision de Londres. Uno de ellos encontró á su madre, y se entabló entre ellos el siguiente coloquio.

—¿Dónde vas, hijo mío?

—A la horca, madre mía.



El entierro de la sardina.

economía y la miseria de sus amos pesaba sobre ellos mas poderosamente que el segundo mandamiento de la Iglesia de Dios; por eso, como en despique, como en justa critica de la conducta de sus amos, como gente joven, alegre y amiga de solaz, inventaron el entierro de la sardina, teniendo con este motivo una broma, una francachela, y prolongando los límites del Carnaval que de derecho, si no de hecho, había

—Y bien, chiquito, ¿quieres ir guapo? No se va á la horca con vestido de fiesta; regálame, yo te aseguro que para ser ahorcado, tu vestido de todos los días es mejor.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.